

REVIEWS

Héctor Brioso Santos. *Cervantes y América*. Madrid: Marcial Pons, 2006, 382 pp. ISBN 84-96467-18-X.

De la lectura de este libro emerge una pregunta fundamental: ¿qué significó la visión de las Américas para el español contemporáneo del descubrimiento y la colonización? Brioso Santos, profesor de la Universidad de Alcalá de Henares, sostiene que no debemos ceder a la tentación de afirmar, a la vista de una colección de ejemplos más o menos pertinentes, de uno o de más autores, en un género o en varios, que hubo o no hubo un influjo americano suficiente o proporcionado en la vida y en la cultura españolas. Es profundamente cierto que el impacto de América en la mentalidad y la cultura de la España de varios siglos es un problema que conviene plantearse más allá del mero inventario de alusiones o palabras, de topónimos o personajes. El crítico explora sagazmente el verdadero papel de las Indias occidentales en la mentalidad y en las producciones artísticas de esa etapa crucial y supera la fácil tendencia de la crítica conformista que acopia alusiones de forma más o menos ordenada, pero sin extraer muchas conclusiones de hondo calado acerca del verdadero impacto de lo americano en la España del Siglo de Oro.

El estudio de Brioso Santos presenta una Introducción con el método que se propone aplicar, seguida por seis capítulos y unas conclusiones. En el primer capítulo, "La literatura del Siglo de Oro español ante las Indias," el autor se pregunta por qué la reacción de Cervantes y de sus contemporáneos ante las Indias occidentales ha sido escasa y superficial. Según el crítico no fueron muchos los escritores del Siglo de Oro que se asomaron seriamente a la realidad americana, ni tampoco fueron demasiadas las obras por ellos concebidas y compuestas sobre semejante tema. En el segundo capítulo, "La emigración: el indiano, el soldado y el santo," se estudia la figura del *perulero* o *chapelón*, personaje histórica y literariamente codicioso, que encarna el éxito comercial de las empresas de Ultramar ("El celoso extremeño") y el mundo colonial de las conquistas (Hernán Cortés). En cuanto al santo misionero, símbolo de un Nuevo Mundo religioso y monacal opuesto al de la Sevilla corrompida de los rufianes y las coimas, lo vemos evolucionar hacia una vida redimible en Nueva España (*El rufián dichoso*). En el tercer capítulo, "Sevilla, la navegación y el paisaje americano," se analiza la ficcionalización de la capital andaluza, puerta del Nuevo Mundo, espacio urbano intercontinental, ciudad indiana por excelencia. Y se describe también la bien llamada fabulación de las Américas en los escritos cervantinos. En el cuarto capítulo, "La riqueza, el indígena y

otras Américas en Cervantes...,” el investigador se consagra a explorar todo lo que la literatura refleja como datos menudos y referencia a objetos o sustancias comunes en el diario vivir, a saber, el dinero y los alimentos. Brioso Santos opina que semejantes datos materiales contribuyen altamente a la difusión y normalización de la imagen de las Indias, que pasan de ser un territorio desconocido en la práctica a ser un lejano lugar del que proceden objetos diarios, referencias continuas y, sobre todo, “el peculio más elemental” (233). El quinto capítulo “América: utopía e imperio” está dedicado al problema de la *Otredad*, noción adoptada por Tzvetan Todorov y Michel de Certeau. El autor aplica tales conceptos a los textos cervantinos declarando que el padre de don Quijote se dedicó a lo largo de su obra a la condición humana de “los gitanos, moriscos, turcos, argelinos, gentes del Septentrión, judíos, polacos, ingleses, angloespañoles, hidalgos, labriegos, cautivos” (287). También se comenta el concepto de utopía relacionado con el mito de Jauja. Al analizar finamente *Persiles y Sigismunda* y *Don Quijote*, Brioso Santos dice que hay *dos* Américas, una para el común de los mortales y para el mismo Cervantes histórico, frustrante y aplazada; otra para los elegidos, los pocos beneficiarios de una utopía parcial en la que una ínfima minoría se enriquece.

Cabe observar que el sexto y último capítulo, “*El Quijote* en Hispanoamérica,” corre a cargo de José Montero Reguera, quien estudia detenidamente la fortuna y recepción del texto cervantino y opera una proyección de esta obra en la América hispana y en la anglosajona. Con una prosa limpia y sostenida así como con un máximo rigor en la composición, este cervantista ilustra la presencia de las primeras obras españolas en América como *Amadís de Gaula* y su inmediata prohibición por ser una prosa espiritualmente peligrosa. En 1531 la emperatriz Isabel se preocupaba ya de que pasaran “a las Indias muchos libros de romance de historias vanas de profanidad, como son el Amadís y otros desta calidad; y porque éste es mal ejercicio para los indios y cosa en que no es bien que se ocupen ni lean” (318). El fino y sugestivo trabajo de Montero Reguera se presenta también como un sentido y sincero homenaje a los cervantistas de las Américas.

Al leer el texto de Brioso Santos descubrimos que la escritura cervantina evoca imágenes de un universo americano más intuido que visto, más idealizado que realmente vivido. El autor destaca con mucho tino el hecho de que tanto Asia y Japón como algunas regiones norteamericanas y árticas de Europa habían pasado a un primer plano de las exploraciones en tiempos de Cervantes, por lo que siempre se deberá tener en cuenta este factor histórico del cambio del foco de interés geográfico. Las Indias, sin embargo, permanecían en un segundo o tercer plano desde las incursiones de comienzos del XVI, que concluyeron en 1632 en Perú, y desde el descubrimiento crucial de las minas de Potosí, en el Virreinato. En muchos textos de esa época, América produce la sensación de ser solamente una geografía posible, una entre muchas, para unas historias inventadas, pero no una geografía empírica, convincente o claramente definida, pues se trata, en pocas palabras, de un entorno más improbable que probable, demasiado lejano para unos géneros y demasiado próximo para otros, y desde luego, carente del prestigio que exigen la épica (con la excepción de *La Araucana*), la novela de tono idealista o el

discurso moralizante. Haciendo alarde de una amplia erudición fundamentada en una sólida documentación humanista (Cicerón, Heliodoro de Émesa, Antonio Diógenes, Torcuato Tasso, Antonio de Torquemada, Fray Toribio de Benavente, Fray Jaime de Rebullosa, Girolamo Benzoni, entre muchos otros), Briosio Santos analiza la problemática de la Otredad. Estudia asimismo la presencia del Otro en su aceptación y rechazo: después del árabe, del turco, del gitano y del inglés, los españoles descubrían al amerindio. Me parece que el investigador hubiera podido mencionar que el fenómeno de trasmigración era recíproco: la sociedad peninsular descrita en la obra cervantina llevaba a la América española los gérmenes primeros de la cultura hispana. Por Cervantes y otros autores los criollos se enteran a su vez de cómo vivían sus antepasados, los ven hablar, gesticular, pensar, sentir. Desfilan—protagonistas de sus fábulas—soldados, frailes, estudiantes, pícaros, magistrados y mujeres, que por entonces pasaban a las Indias para fundar una comunidad mestiza. Por eso hay que considerar al mundo literario de Cervantes como un duradero nexo espiritual entre España y América, o mejor: entre la Europa del Renacimiento y la sociedad colonial en su desarrollo socio-histórico.

Mediante una serie de ejemplos convincentes, Briosio Santos muestra que el poeta puede elaborar una metáfora completa a base de elementos americanos: la amada es hermosa “como una barra de plata” de las que entraban a cientos en la Casa de la Moneda sevillana o su rostro era “más bello que el oro del Potosí.” Este asomarse a lo americano, por ligero o incluso trivial que nos parezca hoy, probablemente hizo mucho más por la difusión del conocimiento—parcial, torcido, casual—de las Indias que muchos tratados inasequibles al lector común.

Las relaciones de Cervantes con las Indias han sido como su vida: conflictivas, enigmáticas y mal estudiadas. Briosio Santos subraya que el peligro del biografismo no es grande en demasía. Y este ilusionismo es tanto más peligroso en la medida en que nuestra biografía cervantina es parca en noticias fehacientes y en documentos, por lo que siempre pisaremos, en este terreno, en arenas movedizas, e incluso nos expondremos a caer en precipicios como el de atribuir toda la visión de América en la obra de Cervantes a hechos de su biografía, como el del famoso memorial cervantino pidiendo un puesto en las Indias.

Lo marginal y lo difuso de estas menciones americanas no las hace necesariamente menos reveladoras, puestos que son atisbos de un universo mental que llegó a ser tan decisivo como para volcarse en proverbios y frases hechas, algunas hermosas o muy expresivas: *valer o ser unas Indias* o *un Potosí*. Las lejanas colonias de Ultramar eran un nido de mitos. En la mayoría de los casos, los viajes transatlánticos son breves y poco susceptibles de descripción, pero ya es sintomático que los personajes crucen el océano o, al menos, que proyecten hacerlo o que lo hagan con la imaginación (48). Según el crítico, la escritura cervantina inventa una nueva edad y un nuevo uso de la imaginación. Acaso soñara Cervantes, como su celoso extremeño, regresar un día “rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver a su Patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecían, dejando el Perú donde había granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata.”

Tradición e innovación, afirma Brioso Santos, serán otros factores que impondrán sus leyes al asunto americano. Las Indias occidentales no serán siempre materia heroica y épica digna de estimación, pero sí podrán ser territorio apto para la visita de los héroes de la moderna novela de aventuras cortesanas puesta en marcha por el mismo Cervantes en 1613 con sus *Novelas ejemplares*. Sabemos que en la década de 1590, las Indias son un territorio fronterizo sólo apto para los hombres de negocios, los funcionarios y los *desesperados* a los cuales alude Cervantes (74).

Brioso Santos insiste en que el espacio americano de la literatura se nos aparece casi vacío, reducido a una toponimia muy escasa. Este paisaje está jalonado a base de topónimos, seleccionados a su vez por su producción de oro y plata (Potosí), o en cuanto a su lejanía (México, Perú, Brasil), su nombre sonoro o su peligrosidad para la navegación (Bermuda, Bahamas). No hay un paisaje creíble ni la intención de crearlo tampoco. Los autores no tienen casi nunca conciencia de las dimensiones concretas del vasto espacio físico americano. La realidad de Ultramar aparece reducida a causa del conocimiento limitado que de ella tienen esos autores, pero también sublimada y manipulada en virtud de factores sociológicos, morales, ideológicos, además de mecanismos estéticos y convenciones diversas. Sentencioso, el autor concluye que Cervantes queda al margen del sueño de las Américas, “como la mayoría de sus personajes, pues a la altura de 1600 no puede hablarse ya del *sueño americano* para el español del momento” (315).

Uno de los méritos del trabajo de Brioso Santos es precisamente el de presentarnos una radiografía de la visión de América mediante documentos de archivos y textos de ficción con una gran probidad intelectual y una minucia de orfebre. Riguroso en su demostración y en su proceso analítico, el investigador muestra por qué a Ultramar se le concedió un papel secundario en las obras literarias. Las Indias surgían como lugar de abastecimiento, como granero y como mina del Occidente invasor pero es preciso entender las limitaciones de un Cervantes para imaginarse visualmente las nuevas fronteras del Nuevo Mundo, para concebir sus costas, sus selvas y sus ciudades incipientes más allá de una mera enumeración de topónimos y algunas voces exóticas que nombraban árboles, frutos o animales.

El análisis interdisciplinario, llevado a cabo por Brioso Santos con esmero, tenacidad y determinación llega y convence. El estudio constituye un excelente texto de referencia para críticos y estudiantes universitarios. Se aprecian su dedicación y acumen en la interpretación y trato de un tema tan espinoso e incómodo como Cervantes y América.

LOUIS IMPERIALE
University of Missouri–Kansas City
imperialel@umkc.edu